
1

Era una noche tranquila en casa de los Brunetti; la cena transcurría en armonía. Brunetti ocupaba su sitio habitual y su hijo Raffi estaba a su lado; frente a ellos, su esposa, Paola, y al lado de ella, la hija, Chiara. Un plato de *fritto misto* al que habían añadido hortalizas con generosidad —en especial zanahorias, que en aquel momento eran el ingrediente favorito de Chiara— había propiciado el ambiente relajado y la conversación lo había mantenido. Estudios, trabajo, el nuevo cachorro de un vecino que era el primer labraniche que se veía en Venecia: los temas de conversación derivaban en otros para convertirse aún en otros más, todos ellos ligados de algún modo a la ciudad en la que vivían.

Aunque eran venecianos, la conversación tenía lugar en italiano y no en el dialecto de la ciudad, pues Brunetti y Paola habían decidido que sus hijos lo aprenderían de todos modos con sus amigos y en la calle. Y no cabía duda de que así había sido y de que los niños hablaban veneciano con la misma facilidad que su padre, que había crecido inmerso en él. Sin embargo, Paola lo había adquirido —y quizá dijese mucho de ella que le avergonzara admi-

tirlo— no gracias a sus padres, sino a los sirvientes que llenaban el *palazzo* de su familia cuando era niña, y por eso lo hablaba con menor soltura que los demás. Pero no sentía vergüenza alguna, sino todo lo contrario, por haber alcanzado un nivel de inglés prácticamente nativo gracias a su niñera; además, estaba orgullosa de haber traspasado el conocimiento de esa lengua a sus hijos, aunque el proceso hubiese necesitado el apoyo de un tutor privado y de cursos de verano en Inglaterra.

Las familias, como las diferentes iglesias, cuentan con rituales y normas que desconciertan a los que no pertenecen a ellas, igual que otorgan gran valor a cosas que los miembros de otros grupos no tienen en tan gran estima. Si los Brunetti tenían una religión más allá de la observancia formal de algunas manifestaciones externas y decorativas del cristianismo, ésta era la del lenguaje. Juegos de palabras y chistes, crucigramas y acertijos eran para ellos lo que para un católico la comunión y la confirmación. Los errores gramaticales eran pecados veniales, pero la corrupción intencionada del significado de una palabra era pecado mortal. Los hijos estaban orgullosos de haber alcanzado un nivel de conciencia lingüística que les permitía también a ellos tomar parte en sacramentos cada vez más serios; habiendo sido educados en la fe, no se les ocurriría siquiera cuestionar sus valores.

Más tarde, después de haber retirado de la mesa los platos en los que habían cenado hinojo asado con romero, Chiara posó de golpe el vaso de agua y dijo:

—Vivieron felices y comieron perdices.

—Clorinda y Giuseppe intercambiaron una mirada y ambos contemplaron felices a su bebé —dijo Paola inmediatamente con un tono colmado de emoción.

Raffi miró a su madre y a su hermana desde el otro

lado de la mesa, inclinó la barbilla, estudió el cuadro que estaba colgado al otro lado de la estancia y entonces dijo:

—Y así fue: tan radical intervención había dejado asombrados incluso a los doctores que la habían llevado a cabo; no en vano, por primera vez en la historia nació un bebé del cuerpo de un hombre.

Brunetti tardó apenas un instante en añadir:

—Mientras lo llevaban en camilla a la sala de partos, Giuseppe tuvo el tiempo justo de decir: «Ella no significa nada para mí, mi amor. Tú eres la única madre que tendrá mi hijo.»

Chiara, que había escuchado las contribuciones de los demás con creciente interés, añadió:

—Tan sólo los matrimonios más fuertes podrían sobrevivir a un acontecimiento como ése, pero el amor que unía a Clorinda y Giuseppe era capaz de superarlo todo, de superar cualquier obstáculo. No obstante, Clorinda flaqueó un instante: «Pero... ¿con Kimberly, mi amiga del alma?»

Llegó de nuevo el turno de Paola, que con el tono sereno del narrador dijo:

—A fin de preservar la roca de honestidad que fundamentaba su matrimonio, era necesario que Giuseppe confesara qué actos se había visto obligado a cometer a causa de su deseo de tener un hijo. «No significó nada para mí, mi amor. Lo hice por nosotros.»

—«Eres cruel», dijo Clorinda entre sollozos. «¿Cómo puedes traicionarme así? ¿Qué hay de mi amor? ¿Qué se hará de mi honor?»

Ésta fue la segunda aportación de Raffi, a la que añadió:

—«Y nada menos que con mi mejor amiga.»

Aprovechando la oportunidad que se le presentaba, Chiara se saltó el turno para interrumpir a Raffi:

—Él agachó la cabeza avergonzado y dijo: «El bebé es hijo, ay, de Kimberly.»

Paola dio un golpe en la mesa con el puño para llamar la atención de los demás y dijo con tono inquisitorio:

—«Pero ¡eso es imposible! Los médicos nos dijeron que no íbamos a tener hijos.»

Indignado por haber perdido el turno nada menos que a manos de su esposa, Brunetti irrumpió con su mejor imitación de un hombre embarazado:

—«Clorinda, estoy encinta.»

Durante un instante, mientras cada uno repasaba el diálogo y la correspondiente narración de forma retrospectiva para ver si habían cumplido el requisito de que la historia estuviera repleta de melodrama barato, clichés y caracterizaciones disparatadas, se mantuvieron en silencio. Cuando quedó claro que nadie tenía nada que añadir al inicio de la historia, Paola se puso de pie y dijo:

—De postre hay tarta de *ricotta* y limón.

Más tarde, mientras tomaban café sentados en el salón, Paola le preguntó a Brunetti:

—¿Te acuerdas de cuando Raffi trajo a casa a Sara por primera vez y ella pensó que estábamos todos locos?

—Es una chica muy lista —dijo Brunetti—. Cala a la gente a la primera.

—Venga ya, Guido; sabes que estaba horrorizada.

—Ha tenido años para acostumbrarse a nosotros —dijo Brunetti.

—Es cierto —confirmó Paola mientras se recostaba en el sofá.

Brunetti le tomó la taza vacía y la posó en la mesita que tenían delante.

—No me digas que se te está despertando el deseo de ser abuela —la pinchó.

Ella se apartó instintivamente y le dio un golpe en el brazo.

—Ni en broma.

—¿No quieres ser abuela? —le preguntó con inocencia fingida.

—Quiero ser abuela de un bebé cuyos padres tengan carreras universitarias y un trabajo —respondió poniéndose repentinamente seria.

—¿Tan importante es un puesto de trabajo? —preguntó él con la misma seriedad.

—Los dos tenemos uno, ¿no? —ofreció ella a modo de respuesta.

—La costumbre es contestar a las preguntas con una frase enunciativa, no con otra pregunta —comentó él antes de levantarse y acercarse a la cocina, sin olvidar llevarse las dos tacitas.

Volvió unos minutos más tarde con dos copas y una botella de calvados. Se sentó junto a Paola y sirvió una copa para cada uno. Le pasó una de ellas y le dio un trago a la suya.

—Si tienen una carrera y un trabajo, significa que cuando tengan hijos serán más mayores. Y tal vez más sensatos —dijo Paola.

—¿Lo éramos nosotros?

Pasando la pregunta por alto, ella siguió hablando:

—Y si se procuran una educación decente, sabrán más cosas y eso quizá les sea útil.

—¿Y lo del trabajo?

—Creo que eso no es tan importante. Raffi es muy listo, así que no debería costarle mucho encontrar un empleo.

—Muy listo y con contactos —aclaró Brunetti, que no consideró correcto referirse directamente a la fortuna y el poder de la familia de Paola.

—Por supuesto —dijo ella, a quien hablando con él

no le costaba admitir ese tipo de cosas—. Pero ser inteligente es más importante.

Brunetti, que estaba de acuerdo, se limitó a asentir y dar otro sorbo de calvados.

—Lo último que me ha dicho es que quiere estudiar microbiología.

Paola lo pensó y dijo:

—No sé ni qué hacen los microbiólogos. —Se volvió hacia él y sonrió—. ¿Alguna vez piensas en todo eso, Guido? ¿En todas esas disciplinas que nombramos todos los días? Microbiología, física, astrofísica o ingeniería mecánica. Hablamos de ellas y hasta conocemos a gente que trabaja en esos campos, pero yo no sabría decir qué es lo que hacen. ¿Tú sí?

Él negó con la cabeza.

—Son campos muy diferentes de las disciplinas clásicas: literatura, filosofía, historia, astronomía, matemáticas. Saber a qué se dedican esas disciplinas es fácil, o al menos saber cuál es la materia sobre la que versan. Los historiadores intentan averiguar qué ocurrió en el pasado y después intentan comprender por qué. —Brunetti cogió el vaso con ambas manos y lo hizo rodar entre las palmas como un indio perezoso intentando hacer fuego—. A priori, lo único que sé de la microbiología es que se ocupa de cosas diminutas que crecen. De células.

—¿Y más allá de eso?

—Dios sabe —dijo Brunetti.

—¿Qué estudiarías si tuvieras que empezar de cero? ¿Volverías a hacer derecho?

—¿Por placer o para conseguir trabajo? —preguntó él.

—¿Hiciste derecho porque querías conseguir un empleo?

En esa ocasión, Brunetti pasó por alto el hecho de

que había respondido a una pregunta con otra y contestó:

—No. Estudié esa carrera porque me parecía interesante, y más tarde me di cuenta de que quería ser policía.

—¿Y si pudieras estudiar por placer?

—Clásicas —respondió sin dudar ni un instante.

—¿Y si Raffi también escogiera esa carrera? —preguntó ella.

Brunetti reflexionó unos momentos.

—Si eso es lo que él quisiera estudiar, me alegraría por él. Los hijos de la mayoría de nuestros amigos están desempleados, da igual qué carrera hayan cursado. Así que más le vale estudiar lo que le gusta que hacerlo por la promesa de un buen empleo.

—¿Y dónde crees que estudiará? —preguntó, cuestión que preocupaba más a una madre que a un padre.

—Aquí no.

—¿Te refieres a Venecia o a Italia?

—A Italia —dijo, aunque le desagradaba tanto tener que decirlo como a Paola oírlo.

Se miraron el uno al otro, incapaces de escapar a un hecho invariable: los hijos crecen y se van de casa. Si el teléfono sonaba después de medianoche, ya no podrían recorrer el pasillo con el aparato en la mano y echar un vistazo en las respectivas habitaciones para tener la seguridad inmediata y corpórea de que los niños estaban en casa. Durmiendo, despiertos, leyendo bajo las sábanas con una linterna; inconscientes, enfurruñados, contentos o enfadados: nada de eso tenía importancia en comparación con la certeza de que estaban allí, a salvo, en el hogar.

Los padres son como críos. Basta con que suene el teléfono por la noche para que se queden helados o se les haga un nudo en el estómago. No importa si no es más que

un amigo borracho que necesita desahogarse hablando de su mujer o alguien de la *questura* que requiere la presencia de Brunetti porque se ha cometido un crimen en la ciudad y él es quien está al mando. Incluso las llamadas que terminaban con una sentida disculpa por haber marcado el número equivocado a esas horas de la noche tenían el mismo efecto nefasto sobre aquellos rehenes del destino.

¿Cuál sería el precio, entonces, de que uno de sus hijos viviese en una ciudad de un país extranjero? Guido Brunetti y Paola Falier eran gente valiente y a menudo se mofaban de la vena melodramática que tanto caracteriza a los italianos y, aun así, ahí estaban los dos: a un paso de echarse cenizas a la cabeza ante la mera idea de que su hijo empezara la universidad y la posibilidad de que algún día se marchase a otra ciudad a estudiar.

De pronto, Paola se apoyó en el brazo de su marido y le posó la mano en la pierna.

—Nunca dejaremos de preocuparnos por ellos, ¿verdad? —preguntó.

—No sería lo natural —dijo Brunetti con una sonrisa.

—¿Se supone que eso debe servirme de consuelo?

—Seguramente no —admitió Brunetti. Dejó pasar un momento y después añadió—: Esa preocupación es lo mejor de nosotros.

—¿Nosotros dos o nosotros los humanos?

—Nosotros los humanos —dijo Brunetti—. Y también de nosotros dos. —Entonces, ya que la solemnidad era una prenda que ninguno de los dos podía llevar puesta mucho rato, añadió—: ¿Sabes qué? Si quisiera ser fontanero podría estudiar aquí y seguir viviendo en casa.

Ella se incorporó y cogió la botella.

—Creo que voy a consolarme con esto —dijo, y se sirvió otra copa.